



JOSÉ BARRIENTOS RASTROJO, *Filosofía aplicada experiencial. Más allá del postureo filosófico*, Plaza y Valdés, Madrid, 2020, 205 pp. ISBN: 978-84-17121-36-5.

José Barrientos, profesor titular de Filosofía en la Universidad de Sevilla y director del proyecto de Filosofía Aplicada en Prisiones BOECIO, compone una obra que tiene como objetivo fundamental ofrecer una caracterización general de la Filosofía Aplicada, y particularmente de la Filosofía Aplicada Experiencial, un enfoque original que se define, al menos parcialmente, en contraste con el enfoque lógico-argumental, corriente hegemónica dentro del panorama de la disciplina.

El objeto de la obra es la Filosofía Aplicada, la cual puede considerarse como el resultado de una evolución respecto a diversas formas profesionales de aplicar la práctica filosófica en los últimos años. “Orientación filosófica”, “asesoramiento filosófico”, “consultoría filosófica” o “consejería filosófica” son nombres diversos para un tipo de práctica profesional que realiza un consultor con formación filosófica y que consiste en enseñar a sus consultantes, mediante talleres y consultas, a cómo valerse de algunos recursos derivados de la tradición filosófica con el fin de que puedan aplicarlos a la mejora de su vida cotidiana. Aunque encontramos antecedentes de esta práctica en los años 60 (John van Veen), 70 (Paul Sharkley y Peter Koestembaum) y 80 (Seymour Hersh), la Filosofía Aplicada nace oficialmente como disciplina en 1981 de la mano de Gerd Achenbach, quien reconoce practicar una *Philosophische Praxis und Beratung* y abre la primera consulta de filosofía reconocida. Desde entonces la disciplina empieza a expandirse por Europa y el resto del mundo hasta la actualidad, teniendo como principales representantes a Lou Marinoff (conocido por su célebre *Más Platón y menos prozac*, 2001), Shlomit C. Schuster (*Philosophy Practice. An Alternative to Counseling and Psychotherapy*, 1999), Peter Raabe (*Philosophical Counseling. Theory and Practice*, 2000), Tim Lebon (*Wise Therapy. Philosophy for counsellors*, 2001) o el propio José Barrientos entre otros.¹

Barrientos se vale de este libro para introducir el concepto de Filosofía Aplicada Experiencial, su original aportación a la disciplina. Se trata de una rama que se presenta como una evolución de la Filosofía Aplicada lógico-argumental, la cual, engendrada en el contexto de la filosofía anglosajona, conceptualiza su función como un trabajo dirigido a mejorar las competencias en el análisis de argumentos y de los conceptos desde una base lógica como vía para la mejora de la vida del individuo. Por su parte, la Filosofía Aplicada Experiencial, sensible a la herencia de la filosofía europea continental así como de otras zonas del planeta, entiende que no basta con la mejora de dichas competencias para la mejora de la vida del individuo, sino que resulta imprescindible un cambio en la estructura misma de la persona, esto

¹Para una visión panorámica de la historia de la Filosofía Aplicada y de sus principales representantes, véase el manual de José Barrientos *Introducción al asesoramiento filosófico y a la orientación filosófica. De la discusión a la comprensión*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2005.

es, de su sistema de creencias y de su sensibilidad, proponiendo una batería de ejercicios filosóficos orientados a la generación de experiencias potencialmente transformadoras. Barrientos no rompe con el enfoque lógico-argumental, de hecho sostiene la necesidad de trabajar las competencias lógico-argumentales; sin embargo, afirma que, si se pretenden conseguir efectos duraderos en la vida del individuo, las prácticas de corte filosófico han de afectar no sólo al pensamiento discursivo, sino a la totalidad de la vida anímica del individuo.

La obra de Barrientos se estructura en tres bloques. El primero, titulado “Las Filosofías Aplicadas”, establece una serie de demarcaciones entre la filosofía académica (diferenciando Filosofía Teórica y Filosofía Práctica) y la Filosofía Aplicada, no eludiendo las tensiones que hay entre ambas orientaciones de la práctica profesional de la filosofía. En este bloque Barrientos señala que, mientras que la filosofía académica pone énfasis en el contenido fruto del monólogo de un autor sujeto a reglas institucionales, la Filosofía Aplicada pone énfasis en los procesos de pensamiento estimulados por el diálogo entre un profesional de la filosofía y un público no profesional ni necesariamente especializado. En este sentido, la filosofía se torna “aplicada” porque se entiende que el patrimonio conceptual y procedimental de la tradición filosófica ya no se “expone” sino que se “ejecuta” en situaciones concretas orientadas a un fin educativo no ya profesional sino existencial. A ilustrar ejemplos de este tipo de trabajo dedica Barrientos las últimas páginas de este primer bloque.

El segundo bloque de la obra se titula “Dimensiones experienciales de la Filosofía Aplicada” y puede considerarse como el núcleo de la obra. Aquí Barrientos no solamente señala algunas de las limitaciones del enfoque lógico-argumental, sino que además procura caracterizar los principales rasgos del enfoque experiencial. Partiendo de una sucinta descripción de la experiencia y de su capacidad de transformación, Barrientos señala diez disposiciones que considera necesarias para el esclarecimiento de la experiencia del individuo, entre las cuales podemos mencionar la paciencia, la apertura, el coraje o el compromiso con la autenticidad y la autocrítica. Una vez desarrolladas estas disposiciones, Barrientos presenta cuatro escenarios o marcos en los que se desarrolla la acción filosófica de los talleres y consultas: procesualidad peregrina, hermenéutica anagógica, epistemología evidencial y orbe ontológico y contcedero. Quedan así esbozados los perfiles de la propuesta de Barrientos, quien reconoce, no obstante, estar presentados “en síntesis”.

Finalmente, el tercer bloque del libro se titula “Excurso: alegatos contra la Filosofía Aplicada”, en el cual Barrientos aborda algunas de las críticas que recibe la disciplina, principalmente desde el ámbito de la filosofía académica. El principal reproche, nos dice Barrientos, es el que acusa a la Filosofía Aplicada de “normalizar a los consultantes dentro del sistema en lugar de cuestionarlo”, ante lo cual responde apelando a algunos de los planteamientos críticos propuestos por algunas figuras clave de la disciplina. Posteriormente, Barrientos contraataca señalando algunos aspectos en los que la filosofía académica puede considerarse normalizadora o en directa connivencia con el sistema. Finalmente, Barrientos señala que la mayor defensa ante la acusación antes mencionada es mostrar cómo la Filosofía Aplicada hace “trabajo de campo” precisamente con colectivos en riesgo de exclusión social, a los cuales acerca los frutos del quehacer filosófico con el propósito de “devolver la voz al menospreciado”.

Por lo que respecta a la finalidad de la obra, Barrientos no es explícito; sin embargo, de su lectura puede deducirse que el principal sería servir de breve introducción a la Filosofía Aplicada Experiencial, tanto para profesionales de la filosofía aplicada como para profesores de distintos niveles. Parece haber, además, otro propósito no menos importante que aquel: señalar no sólo las diferencias de la

Filosofía Aplicada respecto a la filosofía académica, sino además mostrar su necesidad, pertinencia y beneficio social.

La obra de Barrientos se encuentra poblada de ideas planteadas en esbozo que serían dignas de mención en cualquier comentario como las que tienen que ver con su alineamiento ideológico respecto a la actividad profesional (una orientación crítica “popular” de la filosofía en detrimento de una orientación académica “elitista”, así como una decidida inclinación por el pluralismo étnico filosófico frente a un “occidentalcentrismo” filosófico) o la orientación filosófica de la propuesta (que muestra una sensibilidad continental europea en contraste con el método lógico-pragmático anglosajón, y una concepción de la filosofía como ejercicio en oposición a la concepción de la filosofía como doctrina). No obstante, y a modo de conclusión, nos limitaremos a hacer un comentario sobre la caracterización de la disciplina.

Al relatarnos en la Introducción sus inicios profesionales, Barrientos señala que se inclinó por el nombre “Filosofía Aplicada” en detrimento de otras denominaciones más extendidas como “orientación filosófica”, “asesoramiento filosófico”, “consultoría filosófica” o “consejería filosófica”. Esta decisión no es ingenua: Barrientos elimina de la denominación el sustantivo relacionado con el *counseling*, y el adjetivo “filosófico” se convierte en el sustantivo “filosofía”, ahora acompañado del adjetivo “aplicada”, señalando así que lo propio de la práctica profesional que propone es que se trata de un ejercicio de filosofía que se “aplica” o ejerce en situaciones concretas. Esto tiene efectos no sólo en la comprensión de la disciplina sino también en cuáles deben ser sus requerimientos: puesto que la Filosofía Aplicada es un *servicio* profesional, requiere de una *formación* profesional previa que ofrezca garantías profesionales y evite el intrusismo, y puesto que se trata de una práctica que se reconoce como filosofía, dicha formación ha de ser filosófica. Se plantea así la espinosa pregunta de si la formación académica de la filosofía constituye una formación del todo adecuada para la práctica profesional de la Filosofía Aplicada, abriendo la puerta a la cuestión sobre nuevos modelos de enseñanza de la filosofía y sobre si éstos serían compatibles en el marco de la denostada filosofía académica.

Por si lo anterior no fuera poco, al asumir que esta práctica es “filosofía” y no meramente “filosófica”, Barrientos no puede escapar al viejo y persistente problema de la naturaleza de la actividad filosófica: ¿qué es lo propiamente filosófico de la Filosofía Aplicada? ¿sus contenidos?, ¿sus ejercicios?, ¿su actitud? Del mismo modo que los filósofos han hecho filosofía a lo largo de la historia con independencia de que hayan resuelto la cuestión sobre la naturaleza de la actividad filosófica, el filósofo aplicado puede seguir trabajando sin resolver tal cuestión; sin embargo, la pregunta es importante atendiendo no sólo a la “ontología” sino también a la “deontología” de la práctica profesional dadas las circunstancias de nuestro mundo actual: ¿cuál es o debe ser la diferencia entre el filósofo aplicado y el charlatán, el *influencer*, el *gurú* o, simplemente, el “sofista”? ¿puede la actividad filosófica circunscribirse a una serie de pautas técnicas o ejercicios y seguir siendo filosofía?, ¿es enseñable la filosofía? Todas estas preguntas son munición para los críticos de la disciplina (si bien ellos mismos pueden ser blanco de las mismas) y potencial fuente de dudas para los filósofos aplicados respecto a su ocupación, por lo que parece conveniente que éstos mediten seriamente sobre estas cuestiones.

Como hemos visto más arriba, Barrientos no habla simplemente de Filosofía Aplicada sino de Filosofía Aplicada *Experiencial*, lo cual implica que “Filosofía Aplicada” realiza ahora la función de sustantivo (la disciplina general) y “Experiencial” es ahora el adjetivo calificativo que ilustra el enfoque propuesto. Esto compromete a Barrientos a precisar el concepto de experiencia que maneja y de qué manera sus dispositivos prácticos contribuyen a generar el tipo de experiencia buscada. La tarea

no es menor, pues se trata de un concepto que, pese a tener una larga tradición filosófica, no ha sido especialmente trabajado en términos de experiencia *vital*. Barrientos nos ofrece un muy breve esbozo del concepto mismo (pp. 110-113) que puede resumirse como un saber que no es intelectual sino vital, que no es tradicional sino personal y que no es anecdótico o coyuntural sino transformador. Mayor esfuerzo y longitud dedica Barrientos (pp. 114-147) a precisar las “disposiciones experienciales” o condiciones que harían posible el surgimiento del mencionado tipo de experiencia transformadora: arrojo, coraje, paciencia, compromiso, etc. Aunque su propuesta resulta estimulante, uno echa en falta un mayor desarrollo del concepto de experiencia y, quizá, un mayor número de ilustraciones de aquello que entiende por “experiencia transformadora” y de recorridos concretos hacia tales experiencias que muestren su trasfondo filosófico. Esta ausencia puede servir de estímulo intelectual para todos aquellos que deseen embarcarse en el proyecto de ejercer esta vía profesional.

Natanael F. Pacheco Cornejo